

Trabajo vernáculo: reflexiones teóricas sobre un tipo de trabajo no clásico, no remunerado y de subsistencia¹

Alonso Merino Lubetzky²

Universidad de Guanajuato

Febrero 2019

Vernáculo es un concepto difícil de asir. Hoy en día es un concepto utilizado de forma predominante –pero no exclusiva– por la lingüística y la arquitectura, para definir tanto formaciones de habla como modos de construcción, ancladas a un territorio y a una formación social y cultural específicas. No obstante, en la ciencias sociales sigue siendo un vocablo marginal, casi en desuso y hasta presuntuoso.

En cualquier diccionario básico del habla española, *vernáculo* significa “doméstico, nativo, de la casa o país propios”³. Y si bien la forma en la que comprendo el trabajo vernáculo no se aleja de tal definición, he de dotarla de nuevos significados. El punto de partida para ello, sin lugar a dudas, es la obra de Iván Illich⁴. En la presente ponencia hablaré del *trabajo vernáculo* y propondré, como en su momento lo hizo quien formuló el concepto y la idea, traerlo del viejo baúl de los recuerdos y ponerlo a jugar con nuestras categorías actuales en torno al trabajo y al desarrollo. En aras de comprender mejor los tiempos que nos toca vivir, me atrevo desde ya a decir que el trabajo vernáculo es a la vez una formulación utópica –mediante la que podríamos aspirar a imaginar una sociedad futura posindustrial y poscapitalista–, pero también, y con mayor seguridad, una realidad presente a lo largo y ancho de nuestras sociedades en el transcurso de sus múltiples historias. Como el título del trabajo lo dice: la propuesta es presentarles al trabajo vernáculo como un tipo de trabajo no clásico, no remunerado y, sobre todo, de subsistencia. El orden

1 Esta ponencia fue presentada en el Primer Congreso Tesistas sobre Trabajo No Clásico, celebrado en El Colegio de México, Ciudad de México, los días 6, 7 y 8 de marzo de 2019. Organizado por la Asociación Mexicana de Estudios del Trabajo (AMET). El trabajo recibió un reconocimiento a la mejor ponencia del congreso.

2 Gestor intercultural con estudios en ciencia, tecnología y sociedad (UNAM). Estudiante de Maestría en Estudios para el Desarrollo en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guanajuato, Campus León. Profesor en ENES-UNAM y en la Universidad de Guanajuato. Correo: a.merinolubetzky@ugto.mx.

3 Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española. Tomado de: <https://dle.rae.es/?id=beZBwV4>

4 Ver en: Illich, I. (2006). *Obras reunidas I*. México: FCE; Illich, I. (2008). *Obras reunidas II*. México: FCE

que sigue mi argumentación es inversa al título presentado. Por lo tanto, hablaré primero de cómo el trabajo vernáculo y la subsistencia se mascan con las mismas muelas y, después, cómo tales consideraciones permiten entender al trabajo vernáculo desde concepciones sobre el trabajo distintas a sus conceptualizaciones clásicas. La ponencia busca discutir teóricamente con el concepto en el marco de mi investigación de maestría titulado, hasta ahora, *Trabajo vernáculo y descrecimiento: el dominio de la subsistencia de la unidad doméstica urbana dentro del polígono de explotación Jacinto López, León, Guanajuato*.

A falta de información empírica original debidamente procesada y analizada –la cual será recabada en la fase de trabajo de campo de la investigación en curso–, me permito usar dos casos hipotéticos para ilustrar el uso y alcances explicativos del concepto. Las reflexiones aquí vertidas son producto de por lo menos seis años de indagaciones conceptuales –tanto en el marco de mi investigación de licenciatura⁵, como en la actual investigación de maestría– y de experiencias personales-profesionales en el trabajo comunitario rural y urbano en el municipio de León, Guanajuato, México durante el mismo lapso de tiempo⁶.

El trabajo vernáculo según Iván Illich

Trabajo vernáculo es un concepto propuesto por el filósofo, teólogo e historiador austriaco Iván Illich, en el marco de sus investigaciones sobre la sociedad industrial y las alternativas posindustriales al crecimiento sin límites de la sociedad moderna. Iván Illich propuso el concepto de trabajo vernáculo, pero nunca dedicó una obra exclusiva a ello. Sin embargo, dos fueron sus obras dirigidas a pensar una manera de comprender las estructuras de lo vernáculo en la sociedad: *El trabajo fantasma* (1980) y *El género vernáculo* (1982). Cabe decir que la totalidad de su trabajo intelectual representa una crítica a las instituciones y herramientas modernas, como lo son la educación, la iglesia, la medicina, el automóvil y, en el caso que nos atañe, el trabajo dentro de la sociedad industrial.

Su obra, tomada en como conjunto, es una crítica al desarrollo. Por desarrollo entendía el

5 Merino Lubetzky, A. (2018). *La reproducción de la subsistencia: valores, estructura y subordinación axiológica al capitalismo*. Escuela Nacional de Estudios Superiores (Unidad León)-Universidad Nacional Autónoma de México. Consultar en: <http://132.248.9.195/ptd2018/abril/0772453/Index.html>

6 Producto del trabajo de campo realizado en la asociación Hilando Utopías. Educación para la Comunalidad y el Buen Vivir A.C. y en el programa Territorios Culturales del Instituto Cultural de León.

[...] remplazo de capacidades generalizadas y de actividades de subsistencia por el empleo y el consumo de mercancías; [desarrollo] implica el monopolio del trabajo remunerado en relación con todas las otras formas de trabajo; por último, implica una reorganización tal del entorno, que el espacio, el tiempo, los recursos y los proyectos se orientan hacia la producción y el consumo, mientras las actividades creadoras de valor de uso, que satisfacen directamente las necesidades, se estancan o desaparecen (Illich, 2008a, p. 56).

El dominio de lo vernáculo para Iván Illich representaba una realidad separada del mundo de la economía mercantil que se encontraba en riesgo de desaparecer. No era para él lo que los economistas llaman economía o sector informal. El dominio vernáculo representaba una realidad que no puede ser cuantificada y que tampoco podía entenderse únicamente como reproducción social.

A decir verdad, el riesgo de desaparición de las actividades vernáculas permanece latente, y su rescate es lo que nos ocupa. Tal era el grado de preocupación que tenía nuestro autor, que en el ensayo *El trabajo fantasma* declaró la existencia de una *Guerra contra la subsistencia*, la cual ha sido motivo de reflexión de numerosos autores y autoras. Así declaró:

La era moderna es una guerra sin tregua que desde hace cinco siglos se lleva a cabo para destruir las condiciones del entorno de la subsistencia y remplazarlas por mercancías producidas en el marco del nuevo Estado-nación. En esta guerra contra las culturas populares y sus estructuras, al Estado le ayudó la clerecía de las diversas Iglesias; luego, los profesionales y sus procedimientos institucionales. A lo largo de esta guerra, las culturas populares y los dominios vernáculos —áreas de subsistencia— fueron devastados en todos los niveles (Illich, 2008a, p. 166).

Vernáculo fue un concepto que tomó del latín *vernaculum*, que en su momento —admitido por los romanos antiguos— “designaba todo lo que era noble, tejido, cultivado, confeccionado en casa, en oposición a lo que se procuraba por intercambio” (Illich, 2008a, p. 92). El trabajo, las actividades y el dominio vernáculo es entendido en Illich (2008a) como “subsistencia nacida de estructuras de reciprocidad inscritas en cada aspecto de la

existencia, distintas de las subsistencias que provenían del intercambio monetario o de la distribución vertical” (*Ibíd*). El trabajo vernáculo se caracterizan “por la austeridad, la contención, fruto de una real labor, no susceptible de aplicarse a gran escala, [que] no se presta a una diseminación masiva mediante el mercado” (p.52).

Pero es necesario establecer algunas preguntas de trabajo para dar claridad al concepto y a la exposición: ¿cómo distinguir las actividades y el trabajo vernáculo de aquellas que pertenecen al sector informal y a lo que los estudios feministas han llamado labores de reproducción social? ¿Es posible considerar el trabajo vernáculo como un tipo de *trabajo no clásico*, no sólo por ser un trabajo no asalariado, no dependiente de las relaciones capital-trabajo ni del dinero como mediador de satisfactores, sino principalmente de tipo familiar y doméstico, encaminado tanto a la producción y consumo de bienes materiales como a la de bienes inmateriales, simbólicos y relacionales, y que es consumido en el momento mismo de su producción? ¿Es el trabajo vernáculo una actividad social invisible a los conceptos de la economía clásica que implica un gasto importante de energía y tiempo dentro del conjunto de prácticas productivas, consuntivas y reproductivas de las sociedades urbanas y rurales, que tiende a satisfacer las necesidades fundamentales que la economía monetizada no logra cubrir para amplios sectores de la población? ¿Cómo se distingue el trabajo vernáculo o de subsistencia de las llamadas estrategias de sobrevivencia a las que deben recurrir amplias poblaciones que viven en un estado de precariedad?

Para responder a estas preguntas he bien de apoyarme en las ideas vertidas por el mismo Illich en sus ensayos, así como de otros autores y autoras estudiosos del tema, pero también, y sobre todo, nutriendo las reflexiones desde las contribuciones personales al estudio de las actividades de subsistencia y del trabajo vernáculo.

El trabajo vernáculo y los Estudios de la Subsistencia

Agricultura de subsistencia, sector de subsistencia, salario de subsistencia, economía de subsistencia: todas ellas y más términos similares han sido empleados por las ciencias sociales hegemónicas para designar formas y medios de vida por debajo de umbrales de miseria. En el lenguaje común se dice que los pobres no viven, subsisten. Es decir, existen más acá de la autorrealización y la buena vida. En una sociedad de hiperproducción e hiperconsumo, la buena vida y la autorrealización sólo han de poder conseguirse mediante

lo que Jean Robert (2012) llama “rodeo de producción”, ya sea mediante un salario –en el caso de las y los trabajadores–, mediante un beneficio –en el caso de los dueños de medios de producción– o mediante un ingreso monetario –en el caso del llamado sector informal– para el pago por bienes y servicios. Ya sea mediante la acumulación de capital o el ahorro, la buena vida se compra en el marco de la sociedad industrial y posindustrial.

Entiendo a la subsistencia de forma diametralmente opuesta. Ésta no es la existencia por debajo de un umbral mínimo de satisfacción de necesidades, definido en términos cuantitativos y en razón de criterios occidentales y heterónomos de determinación de necesidades básicas. En términos económicos, la subsistencia está siempre tendida hacia la producción, creación y consumo de *valores de uso*, bienes y –llamémosles así– “servicios” que cumplen una utilidad más allá de si contienen *valor de cambio*, precio o de si pueden ser intercambiados en el mercado. Una vida asentada en la subsistencia escapa al cálculo racional y a la acumulación.

Pero, en vista de que los presentes planteamientos pueden resultar terreno escabroso, me siento obligado a esclarecerlos. No sin antes decir que ya para ahora, convendría fijar y rastrear los antecedentes de lo que podríamos nombrar *Estudios de la Subsistencia*, en al menos seis vertientes de estudios sociales: 1) Estudios del campesinado, 2) Estudios laborales o del trabajo, 3) Economía feminista y ecofeminismo, 4) Estudios, teorías y economía del desarrollo, 5) Estrategias de supervivencia de los pobres y 6) Descrecimiento y las Alternativas al Desarrollo. Todos ellos han presentado aportaciones importantes que abonarían a consolidar un nuevo campo de estudio, tan urgente y necesario para la búsqueda de alternativas frente a las múltiples crisis sociales, económicas y ecológicas por las que atravesamos. Ello, porque ante todo, la subsistencia implica frugalidad, mutualidad y convivialidad.

Primero.- La subsistencia deviene históricamente en el *oikos* griego, en el hogar, en la morada. Como bien ha de tenerse en cuenta, no toda práctica social en los hogares hoy día es de subsistencia. Existen prácticas sociales con fines muy diversos dentro de los hogares; las más, son reproductivas y administrativas de los productos monetizados del trabajo, desempeñadas principalmente por mujeres, en un estado de subordinación patriarcal que ha sido contundentemente documentado y estudiado por la economía feminista y el

ecofeminismo⁷. Existen también, es cierto, dentro de los hogares, las llamadas “economías domésticas”, cuyo conjunto de prácticas refiere a la autoproducción para la venta; una forma de trabajo informal a los ojos de la economía formal que recientemente llama la atención de las haciendas globales como una medida para la recaudación de impuestos. Sólo, pues, algunas de las prácticas que ocurren dentro de las unidades domésticas pueden ser clasificadas como de subsistencia.

Segundo.- En el estado actual de dominio de la dimensión industrial y posindustrial de la sociedad, no es posible asumir la subsistencia como constitutiva de una práctica social propiamente dicha en todos los contextos. Acaso asume, en muchos de los escenarios sociales, la forma de una actividad o de un conjunto de actividades articuladas unas con otras, pero no como tal una práctica generalizada, que forme parte de la identidad de un grupo, menos aun cuando ese grupo se encuentra en un estado de miseria funcional, toda vez que la supervivencia cobra mayor relevancia respecto a los valores de cambio que requieren las personas para satisfacer necesidades inmediatas y urgentes⁸.

Tercero.- Subsistencia no es, sin embargo, equiparable a supervivencia. Una sociedad con alto grado de satisfacción de necesidades básicas, o, en otras palabras, una sociedad opulenta y bien alimentada, muchas veces carece de este tipo de actividades debido a su dependencia total al consumo mercantil y al trabajo asalariado. Lo mismo sucede en una comunidad o grupo donde la proletarización es tal, que la dependencia del consumo estandarizado de las mercancías es absoluta y mediada por el salario. Pero ciertamente los casos contrarios también aplican. En este sentido, la subsistencia y la supervivencia pueden coexistir o no.

7 Ver como ejemplo: Mies, M. y Bennholdt-Thomsen, V. (1999). *The Subsistence Perspective. Beyond the globalized economy*, Londres/Nueva York: Zed Books y Australia: Spinifex Press; Mies, M. y Shiva, V. (1998). *La praxis del ecofeminismo. Biotecnología, consumo y reproducción*. Barcelona, España: Icaria Editorial/ Antrazyt; Picchio, A. (2003). La economía política y la investigación de las condiciones de vida. En *Women in Science: Mainstreaming Gender Equality in European Research Area*. Roma: Shiva, V. y Mies, M. (1993). *Ecofeminismo*. Londres: Zed Books.

8 Ver, por ejemplo, el concepto de *práctica social* en Olivé, L. (2009). Por una auténtica interculturalidad basada en el reconocimiento de la pluralidad epistemológica. En Sader, E. (Coord). *Pluralismo Epistemológico* (pp. 19-30). La Paz: CLACSO; Muela del Diablo Editores; Comuna; CIDES-UMSA.

Cuarto.- La subsistencia no es un conjunto de estrategias-de-salida-de-la-pobreza⁹. En la literatura en ciencias sociales se lee como estrategias de subsistencia, economía de subsistencia y similares, en tantísimas propuestas que citar algunas sería omitir el todo. Por el contrario, desde la concepción moderna de pobreza y de acuerdo a los indicadores de bienestar como el IDH, la subsistencia es pobreza debido a los bajos niveles de consumo de mercancías que propicia y a la independencia relativa del trabajo asalariado o de la asistencia del Estado. En la sociedad moderna una persona o grupo que no cuenta con ingreso monetario, que no tiene capacidad de compra (ya no se diga de crédito) y que no se encuentra dentro del padrón de beneficiados sociales del Estado, es, sin chistar, un pobre a secas¹⁰. Un marginado, un *outsider* del bienestar.

Quinto.- Hace mucho tiempo que se perdió la subsistencia como modo de vida generalizado y dominante. Los territorios donde aún la dimensión vernácula de la vida dicta los modos de organización son escasos y, la gran mayoría, se encuentra dentro de francas amenazas que atentan contra su continuidad (Mies y Shiva, 1998; Mies y Bennholdt-Thomsen, 1999). No obstante, el reino de la mercancía y del trabajo estandarizado, han llevado sus promesas a cada rincón del planeta y a casi toda sociedad existente, incluso allí donde a simple vista una economía vernácula tiene lugar, como en las sociedades campesinas o indígenas. En éstas, como bien lo ha demostrado el viejo debate campesinismo-descampesinismo, la subordinación del campesinado al capitalismo es casi completa, cobrando hoy nuevas y múltiples formas de dependencia funcional; la cual es reformulada desde organismos internacionales como el Banco Mundial¹¹ y la FAO¹², que

9 Dicen Arredondo y González (2013): "Estrategias de sobrevivencia es un concepto que encierra un conjunto variado de acciones típicas tendientes a permitir a los pobres acceder a un umbral material mínimo indispensable para mantener su existencia tanto en lo individual como en lo familiar y social —se les concibe también como estrategias de reproducción social" (p. 19).

10 "Decir pobres dignos y dueños de sus medios de subsistencia es decir pobres dueños de sus territorios. Es decir también gente de abajo capaz de sobrellevar las crisis y de sobrevivir a la nueva normalidad, porque su subsistencia no depende totalmente de la producción capitalista, ni de sus redes de distribución de las mercancías marginalmente comestibles" (Robert, 2013, p. 22).

11 Banco Mundial. (2007). *Informe sobre desarrollo mundial 2008: Agricultura para el desarrollo*. Panorama general. Washington, D.C.; Banco Mundial. (2016). Agricultura familiar, punta de lanza contra el hambre en América Latina. Recuperado de: <http://www.bancomundial.org/es/news/feature/2016/06/27/agricultura-familiar-punta-lanza-contra-hambre-america-latina>

12 FAO. (2014). El Año Internacional de la Agricultura Familiar finaliza con un renovado impulso para este sector vital. Recuperado de: <http://www.fao.org/news/story/es/item/270257/icode/>; FAO. (2015). *El estado mundial de la agricultura y la alimentación. La innovación en la agricultura familiar*. Roma.

reivindican al campesinado como sujeto estratégico para la producción agroalimentaria global. De ahí que la subsistencia, cuando existe, no se encuentra sino en un estado de subordinación al mundo del salario o en franca amenaza por el progreso intensivo y expansivo del capital.

Sexto.- La subsistencia no es el llamado trabajo de reproducción social, doméstico y de cuidados, acuñado particularmente por la economía feminista ya referida, el cual, a pesar de estar emparentado con la subsistencia, no se mezcla, debido a que si bien el trabajo reproductivo, doméstico y de cuidados lleva determinaciones axiológicas que lo orientan no hacia la acumulación, sino hacia la efectiva satisfacción de necesidades fundamentales para dar continuidad a la vida humana, las críticas en torno a éste son que, en términos simples, reproducen, forman y cuidan a la fuerza laboral, sosteniendo hogares y familias relativamente cohesionadas que mantengan en orden el funcionamiento de la economía capitalista en general.

Séptimo.- En igual medida cabría hacer la distinción de aquello que Iván Illich (2008a) ha llamado *trabajo fantasma*, no sólo para definir el trabajo doméstico de las mujeres en el hogar dentro de la sociedad industrial, sino todas las actividades y tipos de trabajo que aun no siendo asalariados, administran las mercancías y servicios de la economía dominante. Esto es: traslados a pie o en bicicleta al trabajo, el trabajo extra de los docentes en casa, la educación doméstica que refuerza los valores escolares y que prepara ciudadanos, el tiempo invertido en traslados en automóvil al empleo, etc. Toda aquella economía de la sombra, toda materialidad que sostiene –diría Fernand Braudel (1986)– en sus anchos hombros a la economía de mercado.

Octavo.- La subsistencia, sostengo, puede rastrearse siempre y cuando se conozcan los valores, los fines y los motivos que rigen, antes y después, la forma de actividades que la cobijan. La subsistencia tiene lugar ahí donde la motivación por acumular o sostener la acumulación está ausente. En este sentido, el estudio de la subsistencia es antes que nada un estudio de los valores que rigen las actividades humanas que no responden a los modos estandarizados de la economía capitalista. Son, como diría Illich, refractarios. Son intersticiales.

Noveno.- Los territorios de subsistencia se ordenan de forma inversamente proporcional al radio de influencia de la monetización de la vida. Las relaciones campo-

ciudad, Norte-Sur, centro-periferia, pueden ilustrar a lo que me refiero. En otras palabras, el grado de actividades de subsistencia presentes en una sociedad en forma de prácticas sociales instituidas o estructuras relativamente constantes es contrario al grado de diferenciación social, individualización, modernización e industrialización. Sociedades más simples, acotadas, limitadas, comunitarias, pueden tener a la subsistencia como una estructura que rige un conjunto heterogéneo de prácticas sociales; una sociedad compleja, diferenciada, burocratizada, abierta a la especialización de las funciones de sus individuos, ve a la subsistencia borrarse de su horizonte como estructura de valores y disposiciones.

La traducción de esto es que, en sociedades campesinas, indígenas o rurales, que encuentran los límites de su vida colectiva en espacios comunitarios reducidos, la subsistencia es no sólo un conjunto de valores y fines diversos, sino una forma de vida, una cosmovisión y un modo de organización social y política, que subordina el resto de los intereses a ella. Por el contrario, en sociedades urbanas, ampliamente segmentadas e individualizadas, pero también en aquellos ámbitos, rurales, indígenas o campesinos donde no existe ya una forma de organización comunal sino una dependencia creciente de la sociedad más amplia (urbana, capitalista, global), la subsistencia se desvanece como estructura y pasa a constituir actividades aisladas de individuos y sólo de grupos pequeños desarticulados entre sí. En este sentido, la subsistencia no es una visión romántica de los sectores sociales favoritos de la antropología clásica. La dependencia creciente del reino de la mercancía, del trabajo y del consumo obligatorio es lo que dicta su paulatina desaparición.

El trabajo vernáculo como práctica, acción social, actividad propiamente humana o tarea, que se asienta sobre la reciprocidad y la mutualidad –aunque encuentre su expresión en actos de igual forma individuales–, no es, como podría pensarse, un viejo suspiro premoderno. El trabajo vernáculo encuentra un anclaje valorativo y normativo en la subsistencia, entendida ésta como un conjunto de predisposiciones culturales que orientan el actuar hacia la consecución de valores de uso para la satisfacción de necesidades fundamentales, que no se confunde con la asistencia del Estado, ni con las actividades remuneradas, ni con las llamadas labores de reproducción social, atendiendo a un crisol de fines socioculturales diversos.

“Vivir en la subsistencia es a condición de tener mucho que decir y contar, mucha cultura que compartir y perder, mucha amistad y camaradería, muchos ritos comunitarios, mucha sociabilidad” (Bengoa, 2003, p. 59). Iván Illich (2008a) distingue la subsistencia de las sociedades tradicionales que tenía lugar previo a los procesos de modernización. Tales subsistencias se mantenían al margen de las economías mercantiles y del Estado.

En un mundo industrial, el dominio de la economía oculta es comparable al rostro oculto de la Luna, que se explora por vez primera. Y esta realidad completamente industrial es a su vez complementaria de un dominio independiente que denomino realidad vernácula, el dominio de la subsistencia (Illich, 2008a, p. 68).

Illich centró su programa de investigación en las consecuencias del salto a la industrialización y sus efectos en la sociedad, estudiando el trabajo fantasma (2008a) como una forma de labor complementaria al trabajo industrial que no contribuye a la subsistencia, y el salto del género vernáculo al sexo económico (2008b) que da cuenta de un cambio radical en la configuración del trabajo, en la que el trabajo doméstico pasa a ser complementario del trabajo asalariado, una nueva forma de distribución de actividades entre sexos con una abierta discriminación hacia las mujeres, tanto en el trabajo asalariado como en las labores del hogar, perdiendo por completo el acceso a la subsistencia. Illich (2008a), escribe:

Necesitamos una palabra simple, directa, para designar las actividades de la gente cuando no está motivada por ideas de intercambio, una palabra que califique las acciones autónomas, fuera del mercado, por medio de las cuales la gente satisface sus necesidades diarias –acciones que escapan por su misma naturaleza al control burocrático, satisfaciendo necesidades que, por ese mismo proceso, obtienen su forma específica–. ‘Vernáculo’ me parece una buena y vieja palabra que se adecua a ese objetivo y que es susceptible de que muchos contemporáneos la admitan. Hay palabras técnicas que designan la satisfacción de necesidades que los economistas no tienen ni la costumbre ni la capacidad de medir – producciones sociales por oposición a producción económica, creaciones de valor de uso por oposición a creación de mercancías, economía doméstica por oposición a economía de mercado–. Pero son términos especializados, teñidos de prejuicios ideológicos y, cada uno, a su manera, inadecuados. De igual forma, cada pareja de términos opuestos crea la misma

confusión al asimilar las empresas vernáculas a las actividades no retribuidas que están oficializadas y estandarizadas. Es ese género de confusión el que quiero disipar. Necesitamos un adjetivo simple para calificar esos actos de competencia, de apetencia o de solicitud que queremos proteger de las evaluaciones cifradas o de las manipulaciones de la escuela de Chicago y de los comisarios socialistas. Dicho término debe ser lo suficientemente amplio para designar de manera adecuada la preparación de alimentos y la formación del lenguaje, el alumbramiento y la diversión, sin evocar, por ello, una actividad privada similar a los trabajos domésticos de la mujer moderna, a un hobby o a una gestión primitiva e irracional. No disponemos de tal adjetivo. Pero ‘vernáculo’ puede convenir. Al hablar de la lengua vernácula y de la posibilidad de su recuperación, trato de que se tome conciencia y se discuta la presencia de una manera de existir, de actuar, de fabricar que, en una deseable sociedad futura, podría extenderse de nuevo a todos los aspectos de la vida (Illich, 2008a, p. 93).

Por nuestra parte, siguiendo a Iván Illich, pero haciendo un esfuerzo por extender su reflexión, hemos de decir que la subsistencia puede ser considerada, desde muchos puntos de vista, como un fin, un acto, una representación, un compendio de valores, una práctica, un modo de vida, una forma de organización, una concepción del mundo y una estructura social más o menos diluida en el marco del capitalismo industrial y posindustrial. Subsistencia es un concepto abstracto, pero no lejano al habla común; sí, ciertamente disuelto como sinónimo de supervivencia, pobreza y marginación, dentro de sociedades dispuestas a crecer de forma sostenida más allá de ciertos límites dictados por el entorno, la naturaleza y las capacidades humanas. Lo que distingue a la subsistencia de los otros modos de existencia social es que tiende a la frugalidad, o, en otras palabras, a la autocontención dentro ciertos límites dictados por el medio y las propias capacidades, ya sean individuales o colectivas. Aquello que la gente puede hacer para alimentar una existencia convivial con las herramientas, medios y conocimientos a su alcance, es subsistencia.

Opongo a la *subsistencia* su antónimo normativo-valorativo, la *acumulación*, en atención al programa de investigación illicheano, quien opuso en su momento a la *dimensión industrial*, la *dimensión vernácula*. Creo, pues, que una sociedad que ha pasado, de forma general y tendencial, de un modo de producción industrial a uno posindustrial,

ciertamente comparte con aquella la finalidad de la acumulación de capital. El capitalismo ha mutado, siendo la esfera financiera y la de servicios sus principales asideros que, aunque ciertamente producen productos estandarizados, no acontecen dentro de una cadena de producción, dentro de una fábrica o dentro de un trazado de surcos paralelos, únicamente.

Si la subsistencia es la autocontención dentro de ciertos límites, la acumulación es la disposición a extenderlos en cada acto recursivo de producción y reproducción. Ambas formas, ciertamente, han estado presentes en muchas de las sociedades en la historia de la humanidad, tomando figuraciones específicas de acuerdo a cada contexto histórico, al medio ambiente y a la cultura. Una y otra, subsistencia y acumulación, pueden identificarse como disposiciones individuales o colectivas referidas como acciones y estructuras que hemos de dilucidar en nuestro programa de investigación.

El trabajo vernáculo es un gasto de energía humana que busca producir y consumir elementos materiales o simbólicos –muchas veces éstos desprovistos de un anclaje material, como lo son ideas, saberes, creencias, palabras–, fuera de los límites o entre las fracturas de la relaciones instrumentales y mercantiles. El trabajo vernáculo puede ser considerado un trabajo no clásico dado que no acontece en una línea de producción, no responde a la relación clásica capital-trabajo, es interactivo y se subjetiva en los sujetos que forman parte de él al momento mismo de su producción y consumo (De la Garza, 2011; 2013).

Una mujer que lee y un agricultor: un acto individual y una práctica social

Ilustremos, pues, lo dicho respecto al trabajo vernáculo mediante ejemplos:

Una mujer toma un descanso breve camino a casa saliendo del trabajo. Hace una parada en un parque público para leer un libro. Ella sabe que apenas tiene un par de horas antes de que a casa lleguen su marido y sus hijos; del trabajo el uno, de las clases extraescolares los otros. Hace un uso de ese tiempo con la finalidad de pausar y de dedicar un espacio a sí misma. Terminadas las dos horas de su lectura, ella se dirige a casa y comienzan las labores domésticas de rutina.

¿Qué hay detrás y delante de ese acto de lectura en apariencia espontáneo e insignificante? Si aisláramos el acto de la lectura, solo restaría la observación de una mujer sentada en una banca pasando las hojas una a una de lo que pareciera ser un libro. Así, aislada, sacada de contexto, la mujer únicamente lee. Bien podría estar preparando una tesis

escolar, o buscando números telefónicos de empresas donde adquirir un empleo, bien podría estar hojeando un catálogo de automóviles, bien podría estar descansando, o, bien, intentando descifrar *Fenomenología del espíritu*.

Vayamos al otro caso hipotético:

Un agricultor acude en punto de las 7:00 am a un mercado local. Es sábado y el pueblo despliega un tianguis que se abarrotá de diversos productos de donde los consumidores locales pueden elegir a su conveniencia –y lo que es mejor, barato–. El agricultor acomoda su venta, vacía unos sacos de jitomate y unos manojo de hierbas de olor. Les pone precio y aguarda con paciencia a que los compradores se acerquen a pagar por lo que ofrece. Al término de la jornada el agricultor lo ha vendido todo y regresa a casa con su esposa e hijos.

Detrás y delante de tal actividad podrían aducirse un sinfín de causas y motivaciones. Si, de nuevo, aisláramos el acto de comercio del agricultor, éste únicamente vende productos en el mercado local. Bien podría el agricultor querer recuperar la inversión de su pasada cosecha, bien podría estar ahorrando para comprar un nuevo tractor o para pagar al coyote el precio del cruce a la frontera de su hijo. Bien podría el agricultor querer obtener algo de efectivo para comprar otros productos que no produce, bien podría querer juntar el dinero que le falta para pagar el crédito gubernamental que obtuvo para la instalación de un invernadero en su solar. Y así, muchos fines y motivos más podrían atribuirse a dicho acto. Ahora bien, contextualicemos los casos hipotéticos de distintas formas, no tan lejos, creemos, de algunas realidades:

La mujer que lee es una mujer blanca de un país del Norte, digamos, Francia. Percibe un ingreso mensual que supera por tres el salario mínimo de ese entonces, lo cual es más que suficiente en términos de ingreso para pagar la canasta básica, las escuelas de sus hijos y que, junto con el ingreso de su marido, permite pagar el crédito hipotecario, el crédito del auto familiar e ir de vacaciones de forma regular. Regresemos al acto en cuestión: *la mujer toma un descanso breve camino a casa saliendo del trabajo y hace una parada en un parque público para leer un libro*. Hipotéticamente digamos que la mujer hojea un catálogo de automóviles, de ropa, de maquillaje o de destinos turísticos. Para ella es importante hacer la pausa, porque llegando a casa debe ayudar a sus hijos a hacer la tarea y desempeñar otras actividades en el hogar. Si no lo hace, no puede consultar el catálogo.

Algún economista podría decir que este acto de lectura es por sí mismo valioso, ya que da cuenta de una consumidora potencial, activa e informada. Su acto valdría para una agencia de mercadotecnia que ha logrado “enganchar” a una nueva consumidora con lo atractivo del diseño de su catálogo. Propiamente el acto de leer en este sentido no es ni será retribuido por su empleador, por su marido o por el gobierno, pero sí por el conjunto de la esfera económica, toda vez que este acto de lectura es una antesala de un próximo gasto. Ella obra como buena ciudadana: trabaja, paga impuestos, consume e incrementa el producto nacional bruto.

Pongamos un caso distinto y, quizás, un tanto opuesto: la mujer que lee es una mujer de clase baja en algún país del Sur, digamos, México, por ser nuestro país. Su ingreso mensual es un ingreso por debajo de la media. El trabajo en una tienda de conveniencia no es suficiente para cubrir el gasto del hogar, los útiles escolares de sus hijos y sus pasajes de camión, por lo que, además, en sus “tiempos libres” debe vender maquillaje por catálogo como un complemento. La mujer toma un descanso breve camino a casa saliendo del trabajo y hace una parada en un parque público para leer un libro. Ella no hojea catálogos, ella hojea un libro de contención emocional, de superación personal o una novela que le regaló su hermana, valga decir, bien recomendada. Para ella es importante hacer la pausa para leer, dado que llegando a casa debe ayudar a sus hijos a hacer la tarea y desempeñar otras actividades en el hogar, así que se dispone a ganarse un par de horas en soledad. Si no lo hace, no podrá avanzar en la trama y terminar la novela, resolver el misterio o conocer la moraleja.

Alguien podría decir que los casos contrarios pueden ser también aplicables: una mujer de clase alta de un país del Norte que lee una novela regalada por su hermana y una mujer de clase baja de un país del Sur que hojea un catálogo de productos con la intención de adquirir alguno. Cierto, y en nada cambia el argumento. La subsistencia no admite esencias, sólo grados. Contextualicemos ahora el caso del agricultor.

El agricultor en cuestión habita la campiña española. El mercado de granjeros del pueblo local, digamos, en algún recóndito pueblecillo en Cataluña, se monta a las 7:00 am. A éste acuden numerosos productores locales, todos con certificación orgánica. De todo se vende en el mercado: legumbres, hortalizas, carne, huevo, leche, mermeladas, medicina homeópata. Vacía en su venta sus jitomates y unas hierbas, entre ellas, olivo y albahaca.

Les pone precio y aguarda con paciencia a que los compradores se acerquen a pagar por lo que ofrece. El precio de venta de sus jitomates iguala el precio de los jitomates en el supermercado más cercano perteneciente a una cadena trasnacional. El valor agregado de su producto es la ausencia de químicos como fertilizantes y pesticidas, aunado al uso de una semilla sin alteraciones genéticas y de una variedad endémica. Él puede sostener los mismos precios bajos que sus homólogos en el supermercado debido a que el gobierno subsidia con estímulos a la producción orgánica; con esto del fomento a una mejor salud y como apuesta a una reducción de las causas de las más variadas enfermedades por medio de la buena alimentación.

Terminando la jornada, el agricultor vuelve a casa habiendo vendido la totalidad de la cosecha. Con lo obtenido, establece un cálculo para deducir los costos de producción, el subsidio y su ganancia. Al terminar la ecuación, el agricultor español separa el capital destinado a la reinversión como capital circulante para reactivar el ciclo productivo de su granja y guarda el beneficio (el resto, su ganancia) en su caja de seguridad. Con ese ahorro el agricultor, después de varias temporadas, no sólo termina de pagar el crédito de su tractor y de su camioneta, sino que puede viajar y además consumir cada sábado los productos de sus pares mercaderes en el mercado de granjeros. Quizás a esto se refieren el Banco Mundial y la FAO cuando proponen vincular a la agricultura familiar a las cadenas de valor comercial para complementar la producción alimentaria y estimular el desarrollo. El agricultor español, con su pequeña explotación capitalista, contribuye al PIB y al crecimiento sostenido de la economía local, regional y mundial.

Vayamos al caso contrario: El agricultor ha vendido todo al término de la jornada. Su pequeño pueblo en algún lugar de Nigeria sufre de gran escasez de agua y alimentos, conflictos bélicos y violaciones masivas a las mujeres. En ese contexto, no existe inversión extranjera, ni estabilidad política, ya que el último golpe de Estado provocó una convulsión tal que su país es tierra de nadie. Las Naciones Unidas han intervenido y también consumado numerosas violaciones a los derechos humanos, mediante sus “cuerpos de paz”. Con lo obtenido de la venta de sus jitomates, ha alcanzado a recuperar la inversión de la última cosecha de su pequeño huerto en el patio trasero de la finca. No ha obtenido, por el contrario, ninguna diferencia monetaria considerable que pueda considerarse ganancia o ahorro. La escasa diferencia que obtiene entre costos de producción y precio de venta la

divide en dos: una, para comprar bebedores nuevos para sus chivos, dado que el óxido de los actuales daña la calidad de la leche de los animales, y, la otra parte, para comprar en el mismo mercado, el siguiente fin de semana, algunos enseres y productos que su finca no produce, tales como maíz y jabón para lavar la ropa. El agricultor ha agotado el capital circulante que tenía, pero con fortuna, algunos familiares podrán donarle unas cuantas semillas y él mismo recurrir a los insumos agrícolas que conserva almacenados de temporadas mucho más felices que la actual. El agricultor no ha podido ahorrar capital del ciclo actual, pero puede reactivar su finca cada año debido a los lazos familiares con los que cuenta y a una buena administración de su producción y de su consumo.

Nuevamente, alguien podría decir que los casos contrarios pueden ser también aplicables: un agricultor español que, producto de la crisis, no ha podido ahorrar y apenas compra lo suficiente para colmar los requerimientos cotidianos, pero dado sus lazos familiares y su buena administración en producción y consumo, su finca no quiebra; también, por supuesto, podría concluirse hipotéticamente que un agricultor nigeriano que se haya beneficiado de algunas relaciones con el cabildo local o con algunos intermediarios y tenga la posibilidad de colocar sus cosechas en los mercados, formar parte de una central campesina y tener acceso a crédito, pueda, entonces, ahorrar y acumular una suma considerable frente a otros agricultores. Ciento, y en nada cambia el argumento.

“En primera aproximación –dice Jean Robert (2012)–, llevar una vida de subsistencia es cultivar lo que uno come y comer lo que se cultiva” (pp. 2-3). Lo cual es efectivamente practicable en aquellos territorios donde la autosuficiencia es posible, donde la existencia en comunidad y con acceso a medios básicos de vida –aunque modernamente amenazada–, pervive. En contextos urbanos o proletarizados, llenos de asfalto y tierras infériles, el trabajo vernáculo adquiere otras formas, como he tratado de argumentar.

Desde actos individuales hasta prácticas sociales constitutivas de la identidad de un grupo social, el trabajo vernáculo es solo aquel que es orientado por valores que buscan cubrir necesidades fundamentales, sean estas materiales, relaciones, políticas, simbólicas, espirituales o simbióticas, que no son regidas por el principio económico de la escasez, que no preparan ciudadanos, ni asalariados, ni CEOs, ni emprendedores, ni amas de casa dispuestas a administrar los ingresos de un varón proveedor, ni beneficiarios del estado, ni consumidores potenciales. El mismo autor, Jean Robert, retrata un valor vernáculo de la

siguiente forma recuperando un ejemplo dado por Marcel Mauss (1925) en su *Ensayo sobre el don*:

Escuchen a los comensales que madrugaran en los bares en los que han bebido toda la noche: ‘¡Ándele, compadre, no me desprecie, acepte ésta ‘última’ copita!’. Parecen moverse en un mundo paralelo en el que, en cada intercambio, hay que dar más de lo que se recibe, hasta aplastar al otro bajo despliegues agonísticos de generosidad (Robert, 2012, p. 6).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arredondo, M., & González, J. R.** (2013). Las estrategias de sobrevivencia de los pobres: Un repaso a su estudio en las ciencias sociales (concepto, perspectivas teóricas y acciones que implican). *Revista Realidades*, 3(2), 19–31.
- Bengoa, J.** (2003). 25 años de estudios rurales. *Sociologias*, 5(10), 36–98.
- Braudel, F.** (1986). La dinámica del capitalismo. D. F., México: FCE.
- De la Garza, E.** (2011). Introducción: construcción de la identidad y acción colectiva entre trabajadores no clásicos como problema. *Trabajo no clásico, organización y acción colectiva. Tomo I (pp. 11-22)*. México: Plaza y Valdés Editores.
- De la Garza, E.** (2013). Trabajo no clásico y flexibilidad. *Dossie*, 26(68), 315–330.
- Illich, I.** (2008a). *El trabajo fantasma*. Obras reunidas II. México: FCE.
- Illich, I.** (2008b). *El género vernáculo*. Obras reunidas II. México: FCE.
- Mies, M. y Shiva, V.** (1998). *La praxis del ecofeminismo. Biotecnología, consumo y reproducción*. Barcelona, España: Icaria Editorial/ Antrazyt.
- Mies, M. y Bennholdt-Thomsen, V.** (1999). *The Subsistence Perspective. Beyond the globalized economy*, Londres/Nueva York: Zed Books y Australia: Spinifex Press.
- Robert, J.** (2012). El retorno de los saberes de subsistencia. *Polis*, (33), 2–10.
- Robert, J.** (2013). Guerra a la subsistencia. Crisis económica y territorialidad. *Biodiversidad. Sustento y Culturas*, (75), 20–24.